



www.loqueleo.santillana.com

© 2017, MARTÍN BLASCO
c/o Agencia Literaria CBQ, SL
info@agencialiterariacbq.com
© De esta edición:
2017, EDICIONES SANTILLANA S. A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5241-0
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: abril de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Edición: LUCÍA AGUIRRE – CLARA OEYEN
Ilustración de cubierta: LUCAS ROBERT

Dirección de arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Blasco, Martín

Todas las tardes de sol / Martín Blasco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017.

120 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja)

ISBN 978-950-46-5241-0

1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN EL MES DE ABRIL DE 2017 EN TINTA PHI S.A.,
AV. SAN MARTÍN 1275, (1704) RAMOS MEJÍA, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.



loqueleg

The End

Alguien dijo: “Todo cuanto existe es fruto del azar y la necesidad”. No tengo idea de quién. Ese es el problema con las citas. Uno las escucha de alguien, que a su vez las escuchó de otro, y así hasta el comienzo de los tiempos. Pero más allá de quién lo haya dicho y por qué, me parece muy cierto. Necesidad, lo que buscamos; azar, lo que viene a nosotros. Dos fuerzas. Como inspirar y exhalar. Un poco lo que se busca, un poco lo que se da.

Quiero contar una historia de necesidad y azar, mi historia con Julia y Ana. El problema es que no tengo un final para lo que quiero contar. O, más bien, tengo muchos finales posibles.

Es como la fábula esa de los ciegos y el elefante. Es una fábula muy antigua de la que existen muchas versiones. Se supone que su origen está en algún lugar de la India (lo que tiene lógica, porque en la India hay elefantes y presumiblemente también ciegos). Dice así: un grupo de ciegos se cruza con un elefante. Al no poder ver al animal, recurren al tacto para conocerlo. Cada ciego toca una parte distinta del cuerpo del elefante. El que toca la

trompa piensa que los elefantes son como víboras. El que toca una pata piensa que los elefantes son como troncos de árboles, y así, cada ciego con cada parte del cuerpo del animal. Todos tienen versiones diferentes y todas las versiones están equivocadas. Ninguno de los ciegos tiene la menor idea de cómo es un elefante en realidad.

Poner finales a las historias tiene algo parecido a eso. Si termina en un momento feliz será una historia feliz, y si termina en un momento doloroso será una historia dolorosa, y si termina en un momento gracioso será una historia graciosa. Pero el elefante entero no entra nunca.

Ahora que lo pienso, el único final sincero que se me ocurre es el viejo y conocido “continuará”. El asesino es descubierto y va preso, el malo muere, los enamorados se casan. ¿Ahí termina la historia? Siempre hay algo que viene después: el asesino en la cárcel hace amigos (o enemigos); al héroe le suceden otras cosas al concluir su aventura; la pareja que en el final feliz se casa después tiene que convivir.

De lo que sí estoy seguro es de que esta historia tiene un comienzo. Y que comienza en la playa.

Gracias por venir

Iban a ser mis primeras vacaciones solo. En general me iba de vacaciones con mi familia, pero ese año mi mamá había aceptado que tenía edad suficiente para irme sin ellos. Estaba tan contento que hubiese aceptado veranear en el infierno con tal de tener más independencia. Por eso acepté con gusto pasar unos días en el departamento que tenían en la playa mi tía Otilia y su nuevo esposo, César, con quien estaba casada desde hacía más de diez años, pero al que aún considerábamos su “nuevo esposo”. Ellos me dejarían dormir en el sillón y de esa forma yo pasaría mis primeras vacaciones solo, o sea con mi tía y su esposo, pero con más libertad y al menos más solo que de costumbre. Un gran acontecimiento.

Mi familia no estaba pasando un buen momento. Hacía un año y medio que mi papá había fallecido. Una de esas muertes repentinas e incomprensibles que dejó a nuestro pequeño grupo familiar (a mi mamá, a mi hermano y a mí) en un estado de confusión del que poco a poco íbamos saliendo. En mi caso, apoyándome en la música. Había logrado ahorrar algo de plata y me la gasté en

comprar dos guitarras. Una eléctrica y una acústica. A la playa me llevé la acústica.

Mi mamá y mi hermano vinieron a despedirme a la estación. Yo insistí con que no era necesario (aunque todos sabíamos que lo era: suelo perderme con facilidad).

Esperábamos sentados en los pequeños asientos de la terminal, entre el mar de personas y de bolsos que se movían furiosos, vaya a saberse con qué destino. Mi hermano estaba muy orgulloso de un concurso de kung fu en el que había participado hacía poco, y no hablaba de otra cosa. Mi mamá se entretenía haciéndome recomendaciones de todo tipo (*ojo con la comida chatarra, no saltees el desayuno, no gastes mucho así te alcanza la plata, no te olvides de ponerte protector solar que tu piel es sensible*), y yo no escuchaba nada porque estaba mirando a una chica que pensé que también me miraba pero que, en realidad, miraba para mi lado buscando una mochila perdida.

Anunciaron la llegada de mi ómnibus. Abrazos, más recomendaciones, patadas de mi hermano para demostrarme lo fuerte que se había vuelto, la mochila en un hombro y la guitarra en el otro, las manos saludando, el ómnibus en movimiento. Chau. Tengo la bendición de dormirme en cualquier parte. Con los primeros arrullos del motor en marcha, ya estaba cabeceando.

Cuando me desperté, el sol y la estación estaban llegando. Del bolsillo del pantalón saqué un papel arrugado con la dirección de mi tía. Tenía que seguir derecho por la avenida principal, luego doblar a la izquierda, caminar tres calles, girar de nuevo a la izquierda y listo. Fácil.

Llegué a la dirección. Toqué timbre. Unos segundos después, abrió la puerta una chica aproximadamente de mi edad, con cara de dormida. Me pareció raro, porque, que yo supiera, mi tía estaba con su esposo y nadie más. Quise preguntarle si era la dirección correcta, pero no me dejó hablar.

—Gracias por venir —dijo e hizo un gesto para que la siguiera.

En el momento me gustó mucho que me recibiera con esa frase, “Gracias por venir”, porque me hizo acordar al tema de Cerati y, además, es una gran frase para que te reciban en una casa donde vas a dormir de prestado. La chica llevaba puesto un pantalón de pijama con ositos y una remera gris. Pensé en dos opciones: o que mi tía le alquilaba una pieza, o que quizás era familiar del esposo nuevo, César, y entonces me pareció recordar haber escuchado que el tal César tenía una hija grande. Sin dejar de caminar, la chica se dio vuelta y entre su pelo revuelto echó una mirada de reojo hacia mis cosas.

—¿Y la guitarra para qué es?

Esa frase me pareció de mucho peor gusto que la de “gracias por venir” y apenas se compensaba una con la otra. No era asunto de ella si yo quería traer mi guitarra, estaba en todo mi derecho.

—No te preocupes, no me voy a poner a tocar ahora.

—Ya sé, ya sé... Preguntaba nomás.

Llegamos a la cocina y se puso frente a un armario alto, como del tamaño de una persona. Abrió la puerta.

—Acá está —dijo.

Frente a nosotros había un termotanque.

—Un termotanque —dije.

—Uuuuh... Sos un genio... ¡Claro que es un termotanque!... Perdón, es que por las mañanas tengo mal humor.

—No, está bien... no te preocupes...

Nos quedamos en silencio mirando el aparato.

—¿Y qué querés que haga? —pregunté cuando me animé a hablar.

—¡Que lo arregles! —dijo sorprendida, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Me voy a cambiar.

Se fue. Dejé la mochila y la guitarra en el piso y analicé el termotanque. Pensé que era lógico que, ya que me iba a quedar a dormir sin pagar, pretendieran que hiciera ese tipo de arreglos. Podría haberlo pedido de mejor manera, pero no me molestaba tanto eso como el no tener la menor idea de cómo funcionaba el aparato que tenía enfrente. Saqué la tapa. Lo prendí. Lo apagué. Nada. Algo estaba roto, eso seguro. El problema me superaba. Por otro lado, los termotankes implican gas y el gas implica grandes explosiones. Entre reconocer mi inutilidad o hacer volar la casa en mil pedazos elegí la primera opción.

La chica volvió cambiada, con el pelo ordenado y la cara lavada.

—No puedo arreglarlo —dije.

Ella me miró muy seria. Creo que recién en ese momento vio que tenía cara de chico, una mochila llena de ropa desordenada y mi guitarra de músico con aspiraciones.

—¿Vos sos el gasista? —preguntó.

—¡No! —respondí con mucho énfasis. Como si ser gasista fuese algo malo.

Ella parecía extrañada. Pensó unos segundos antes de hablar.

—¿Y entonces quién sos? —preguntó al final.

—Damián.

—¿Damián? ¿Qué Damián?

—El sobrino de Otilia.

—¿Qué Otilia?

—La esposa de César.

—¿Qué César?

En ese momento me di cuenta de que estaba en la casa equivocada. Una persona más inteligente lo habría notado antes, pero yo me di cuenta recién entonces. En mi defensa podría decir que, por otra parte, una persona más atenta se habría dado cuenta mucho antes de que yo no era el gasista. Ya rojo de vergüenza, balbuceé:

—¿No es la casa de Otilia y de César...?

—¿Y por qué te pusiste a tocar esto si no sos gasista?

—¡Vos me lo pediste!, pero no toqué nada, está igual que antes, te lo juro.

Ella comprobó que el termotanque seguía igual de roto mientras me miraba muy seria. Solo por un instante, después empezó a reírse.

—¿Querés un café? —preguntó.

Nos sentamos y, café mediante, me contó que se llamaba Julia, que esa casa era de sus papás, que en ese momento no estaban, y un segundo después, de la nada, estábamos hablando de Bowie, de los Pixies, de Velvet

Underground, de Arcade Fire. No recuerdo cómo fue que pasamos de la confusión con el termotanque a estar hablando de bandas que parecía que solo nosotros conocíamos... ¡Sí me acuerdo! Fue por la canción “Olor a gas” del grupo chileno Los Tres, que dice: “En la cocina hay olor a gas”. Así empezamos. Uno de los dos mencionó esa canción y el otro se sorprendió, no hay mucha gente que la conozca (en Argentina al menos, en Chile quizás es re-popular, no tengo idea).

Después me explicó que la dirección que yo buscaba estaba dos cuadras más adelante. Nos reímos un buen rato de la confusión y de cómo ella había podido pensar que un gasista iba a venir cargando una guitarra y una mochila tan abultada. Cuando ya me iba, el verdadero gasista llegó al rescate del termotanque.

Con Julia quedamos en encontrarnos al día siguiente. Y, mientras estuve en la ciudad, no dejamos de vernos ni un solo día.